

Semana del 13 al 19 de Mayo de 20185. SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

“Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Hech 1,1-11: “Lo vieron levantarse”

Salmo: 46,2-3.6-7.8-9: “Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas”

2ª Lectura: Ef 1,17-23: “Lo sentó a su derecha en el cielo”

Evangelio: Mc 16,15-20: “Ascendió al cielo y se sentó a la derecha de Dios”

Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 16,15-20)

+++ Gloria a Ti, Señor

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo: “Vayan al mundo entero y proclamen el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos.” Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Seguir a Jesucristo, ser su discípulo, creer en cada palabra del Evangelio y practicar sus enseñanzas con honestidad, coherentemente, decididamente, implica tomar opciones contrarias a nuestros deseos y a la lógica del mundo, pero si queremos ser testigos de la Resurrección de Jesús, del amor de Dios derramado en cada uno de nosotros, debemos estar conscientes de que el amor, la amistad y la fidelidad al Señor se expresan en obras y no solamente en razones, palabras huecas, sin conocimiento y sin práctica eficiente de lo que Él nos ha pedido, nos ha mandado: *“vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura”*.

¿Cómo lo haremos? Con la fuerza del Espíritu Santo, sin temor a la crítica o el desprecio, con el servicio desinteresado y oportuno al hermano en dificultades. Con el agradecimiento a Dios por las maravillas que nos brinda día a día y por las obras que podemos hacer con los talentos que Él mismo nos ha dado. Jesús ascendió al cielo, pero nos acompaña, asiste, vigila y protege, nos asesora y orienta con su Palabra y nos fortalece con los sacramentos y la oración.

La Ascensión de Nuestro Señor a los cielos, que la Iglesia festeja este domingo, señala el cumplimiento de la misión de Jesucristo aquí en la tierra.

Vivió haciendo el bien por donde pasaba. Padeció terriblemente. Murió, fue sepultado, resucitó y se presentó a sus discípulos en varias ocasiones, para confirmarles en la fe. Ahora retorna al Cielo, lleno de la gloria que tuvo desde antes de la creación.

Él lo había dicho en su oración sacerdotal, después de la Última Cena, según nos ilustra el Evangelio de San Juan: *“Ahora, Padre, dame junto a ti la misma Gloria que tenía a tu lado antes de que comenzara el mundo.”* (Jn 17,5)

Este acontecimiento, tan importante para la vida de la Iglesia (y la de cada uno de nosotros, los católicos) nos regala una prueba más de la absoluta veracidad de las palabras de Jesús, cuando hablaba del cielo, de la vida más allá de esta vida, de su trono a la derecha del Padre, y de la salvación que Él mismo vino a traer al mundo.

Jesús subió al cielo, donde habita hoy, y desde donde es el Rey de reyes, en cuya mano se encuentra la potestad de juzgar a los vivos y a los muertos, como dice el Credo que rezamos cada domingo en la Santa Misa, después de la homilía sacerdotal.

Podemos imaginar hoy el estado de ánimo de los apóstoles, que apenas recibieron del Maestro el encargo de ir a proclamar el Evangelio al mundo entero, se dan cuenta de que a partir de ahora ya Jesús no estará físicamente entre ellos.

Acostumbrados como estaban, a tenerlo a su lado, disponible para brindarles una orientación, una enseñanza, una guía oportuna, o simplemente una sonrisa de aliento, de repente se encuentran solos allá en la montaña. Jesús estaba subiendo a los cielos, y ellos tenían que comenzar a evangelizar.

Es más o menos lo que nos sucede a nosotros hoy: Igual que ellos, sabemos que el Señor está a nuestro lado, porque Él prometió estar con nosotros *“todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28,20). Sin embargo, ¡qué difícil se nos hace mantener esa presencia viva en los momentos de cansancio, de incertidumbre, de flaqueza o de decepción!

Es bueno ponerse unos instantes en las sandalias de aquellos apóstoles, que al igual que nosotros, estaban muy conscientes de sus debilidades, de su poco dominio de la lengua (los galileos eran conocidos por la pobreza de su lenguaje),

de la escasez de medios para seguir adelante con la misión, de la dificultad de los viajes en aquella época, de la persecución que sufrirían y de infinidad de preguntas sin respuesta que habrán llenado sus mentes, mientras contemplaban azorados cómo el Señor se iba perdiendo en el infinito azul del cielo.

Todos ellos habían dejado de hacer lo que hacían hasta hacía tres años atrás, cuando comenzaron “la aventura” de seguir al Mesías. Habían dejado sus oficios y sus instrumentos de trabajo, sus barcas y sus redes (los que eran pescadores como Pedro), sus arados y sus ganados, los que trabajarían en el campo, su mesa de cobrador de impuestos Leví, para convertirse en Mateo...

Mientras Jesús estaba a su lado, no les había faltado nada, pero ahora sí que no le verían más en esta Tierra, y debían continuar no sólo con sus vidas y las de sus familias, sino principalmente con el trabajo que Jesús les encomendaba. No les quedaba otra cosa que refugiarse en la oración, recluírse meditando y recordándose unos a otros todo lo que habían vivido y escuchado decir a Jesús durante tres años, hasta que viniera el Espíritu Santo, que les abriría las mentes e incendiaría sus corazones con el fuego del amor embriagante del que dieron testimonio a partir de Pentecostés.

La misión que recibieron los apóstoles aquel día, es la misma que hoy se nos da con el bautismo a cada uno de los católicos, y el encierro en oración, en meditación, el crecimiento y fortalecimiento que vivieron ellos, es para nosotros el acercarnos a la Iglesia, ya sea a través de nuestra Parroquia, o en nuestro caso del Apostolado.

Aquí podremos ir recibiendo la evangelización y la catequesis suficiente, que nos enseñe a vivir según Cristo, que nos disponga a aplicar el Evangelio en nuestras vidas, con el fin de realizar un verdadero acercamiento a Dios, convirtiéndonos cada día un poquito más en reflejos de Jesús, por medio de nuestro testimonio de vida y el servicio a nuestros hermanos.

¡Qué importante es, sin embargo, comprender que la verdadera Fuerza del Espíritu, que nos llega por medio de la gracia, se hace posible sólo en la unión íntima con Dios; unión que se obtiene a través de los Sacramentos, de la Confesión y la Comunión, de la oración personal, y no sólo de la comunitaria!

¡Cuán necesario es recordar que la relación con Dios es personalísima, y se fortalece de un modo especial en los momentos de intimidad con Él!

Ir “*al mundo entero y proclamar el Evangelio a toda la creación*”, no significa necesariamente el hacer maletas y zarpar hacia tierras de misión, aunque estaría muy bien que algunos lo hiciéramos. Tampoco implica el tener que pararse en una plaza para gritar a voz en cuello los libros del Evangelio, aunque no deja de ser ese también un buen método, especialmente fructífero para nuestros hermanos separados, al menos antes de que ocuparan sendos espacios en la TV y de que rentaran las antiguas salas de cine...

Sin embargo, la proclamación del Evangelio que de verdad convence, se realiza especialmente en el hecho de vivir en la presencia de Cristo de modo permanente. Ese es el “permanecer en Cristo” del que se nos hablaba en el Evangelio de los dos domingos pasados (que nos instruían sobre la Vid y los sarmientos y sobre el mandamiento del amor).

Proclamar el Evangelio es mostrar todo lo que hizo y sigue haciendo Cristo en mi vida: Cómo la cambió y la va cambiando día tras día, cómo su paz se mantiene en mi corazón y en mi familia, cómo mis propias inclinaciones, las promesas y los placeres del mundo han dejado de ser mi meta, los dueños de mi ser...

En el pasaje evangélico que leímos hoy, Jesús puntea una serie de signos y señales que acompañarán a los que de verdad crean, señales que aplicadas a la vida de hoy, podríamos plantear de la siguiente manera:

Si de verdad creo y me convierto, entonces estaré proclamando que lograré ***echar a los demonios*** que antes eran los que dirigían mis propósitos, mis intenciones ocultas y mis relaciones interpersonales, que ***mi lengua*** se renovará y mis palabras serán, en adelante, solamente constructoras de paz, de amor, de unidad y de armonía, que ***si me mordiera la serpiente*** de la discordia o la traición, mi corazón rebosará de perdón, misericordia y comprensión; que si la debilidad o la cerrazón de mis hermanos me hicieran ***tragar veneno***, ya no me dañaría, sino que me brindaría mayores fuerzas para comprender y amarlos, a pesar de sus injusticias; y que cuando ***mis manos se posen*** o se extiendan hacia otra persona, sería para animarla, para consolarla, para ayudarla a sanar sus heridas y abrazarla en su dolor.

Y no es que la expulsión real de demonios, o los milagros verdaderos (aquellos prodigios que rompen el orden natural para entrar en el ámbito de lo extraordinario) hayan dejado de producirse, sino que simplemente son más escasos, y se evidencian sólo por decisión excepcional de Dios, y para verlos o para ser intermediarios de ellos, hace falta muchísima fe, oración y ayunos.

Lo cierto es que se pueden contar por miles los testimonios de las personas, hombres y mujeres que en estos 2000 años, han experimentado aquellos efectos de profunda transformación (aquellos milagros cotidianos a los que nos referíamos dos

párrafos atrás) en sus vidas, a partir del momento en que tomaron la decisión de proclamar el Evangelio con su ejemplo y su testimonio; es decir: cuando se decidieron a seguir a Jesús en serio.

Lamentablemente, también pueden contarse, esta vez por centenas de millones, los casos de los que se quedaron en medio camino: los que echaron el arado y luego miraron para atrás, los que, al decir de Jesús, *“adoraron a Dios con los labios, pero no con el corazón”*, los que decían amar a Dios, pero no amaban de verdad a sus hermanos, los que se quedaron, en fin, encerrados en el “yo”, en ese “yo” al que es necesario renunciar, como primera condición para seguir a Cristo —como lo decimos SIEMPRE—.

Al formar parte del Cuerpo Místico de Cristo, uno ya no puede ir pensando sólo en el “yo” y en “lo mío”... Al avanzar en nuestro camino por este Apostolado, ya no podemos seguir pensando sólo en “nosotros”, como el grupo inmediato que nos rodea: en “mi casita”, “mi ministerio”, “mi localidad”... Esas perspectivas estrechas no sólo reflejan inmadurez espiritual, sino que atentan gravemente contra el futuro de la Obra en su conjunto: Si todos perdieran de vista el todo, por tratar de salvaguardar o beneficiar sólo a una parte, el organismo total estaría en permanente riesgo de extinción. ¿Qué sentido tiene tratar de desarrollar un dedo si toda la mano, si todo el brazo o el cuerpo entero está débil y enfermo...? ¿Para qué nos serviría un súper-dedo, unido a un cuerpo en descomposición?

En los últimos instantes en que Jesús estuvo con su cuerpo glorioso, con su humanidad resucitada en esta tierra, antes de retornar a la Gloria infinita con el Padre y el Espíritu Santo, nos encomendó una importante misión, a través de sus Apóstoles: Nos mandó continuar lo que Él había empezado, pero nos pidió que creyéramos de verdad, para poder realmente ayudar a creer a los demás. Y como siempre, nos prometió resultados contundentes, que se vienen constatando hace ya tanto tiempo, que se verifican a través de la historia de la Iglesia. La iglesia toda se desarrolló, se extendió, se consolidó y es invencible por la Gracia de Dios, pero también por la fuerza de la fe de algunos de sus fieles.

En efecto: sabemos de santos que resucitaron muertos, los Hechos de los Apóstoles nos hablan de las sanaciones que obró Dios a través de los Apóstoles. Hoy en día, sabemos de curaciones milagrosas y liberaciones de posesos, como ayuda especial de Dios a la humanidad a través de las personas de verdadera Fe.

Por eso es que no debemos tener miedo. Por eso es que el proclamar el Evangelio debe animarnos y llenarnos de alegría, de entusiasmo y de fuerzas. Jesús lo dijo, Jesús lo cumplió, y lo seguirá cumpliendo, porque como dice el salmo, *“Él es un Dios fiel y leal”*, pero a nosotros nos toca hacer, de la mejor manera posible, nuestra parte.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) Si tengo la promesa de Jesús, de poder expulsar demonios en su Nombre, ¿Qué y cuánto hago yo para expulsar a “mis propios demonios”? ¿Los mantengo a raya, o más bien me traen ellos de aquí para allá, como quieren?
- b) Cuando hablo con los demás, ¿hablo una lengua nueva, renovada en Cristo, limpia, sin maledicencias ni mentiras, con amor y con verdad?
- c) Curar a los enfermos, ¿Hago algo personalmente por algún enfermo? ¿Cómo lo hago? ¿Ayudo a los necesitados a través de los Ministerios de Servicio del ANE?
- d) ¿Entiendo que el principal “prodigio” que acompañará mi predicación, será el de reflejar a Cristo en mi forma de ser y de vivir?
- e) *“El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado”* dice la palabra del Señor; a mí, me bautizaron, pero... ¿cuánto creo en Dios? ¿Será lo suficiente como para motivarme a revisar y “alinear” todos los aspectos de mi vida, a la Luz del Evangelio...?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus comentarios. Como siempre, se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo: Cánones: 668, 669, 664, 849, 850, 851.

668 “Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos” (Rom 14,9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos y en la tierra. El está “por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación” porque el Padre “bajo sus pies sometió todas las cosas” (Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos y de la historia. En él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación, su cumplimiento trascendente. (Cfr. Ef 1,10).

669 Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo (Cfr. Ef 1,22). Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, en virtud del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia (Cfr. Ef 4,11-13). “La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio”, “constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra” (Lumen Gentium 3 y 5)

664 Sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías, cumpliéndose la visión del profeta Daniel

respecto del Hijo del hombre: “A Él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás” (Dan 7,14). A partir de este momento, los apóstoles se convirtieron en los testigos del “Reino que no tendrá fin” (Credo de Nicea-Constantinopla).

849 El mandato misionero: “La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser ‘sacramento universal de salvación’, por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador, se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres” (AG 1): “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,19-20).

850 El origen y la finalidad de la misión: El mandato misionero del Señor tiene su fuente última en el amor eterno de la Santísima Trinidad: “La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre” (AG 2). El fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor (Cfr. Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* N° 23).

851 El motivo de la misión: Del amor de Dios por todos los hombres la Iglesia ha sacado en todo tiempo la obligación y la fuerza de su impulso misionero: “porque el amor de Cristo nos apremia...” (2Cor 5,14). En efecto, “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tim 2,4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia, a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan para ofrecérsela. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 108 Hijitos Míos, miren amorosamente a Aquel Hijo que les di, admiren Su bondad y serán felices. Cuando Él ascendió entre una multitud de espíritus bienaventurados, Yo lo admiré extasiada, fuera de Mí, ya entonces estuve segura de que volvería a tomarme en alma y cuerpo. Esperé y luego vino, glorioso, a transportarme acá arriba, donde vive lleno de Gloria. También ustedes vendrán, también ustedes ascenderán si siguen Su Camino, Su Verdad y Su Vida. Sí, hijitos, desde ahora les beso la frente en señal del futuro recibimiento. Yo espero que todos vengan acá, junto a Mi Jesús.

7.- Virtud del mes: La **Justicia** Cánones C.I.C.: 376 – 909 – 1807 - 1834)

Esta Semana veremos el canon 1834, que dice lo siguiente:

1834 Las virtudes humanas son disposiciones estables del entendimiento y de la voluntad, que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Pueden agruparse en torno a cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Y La Gran Cruzada nos dice:

ANA-56: Hija, entre todas las cosas, una sola te es necesaria: que salves eternamente tu alma. Perdida ella, todo está perdido; salvada ella, todo lo demás queda salvo. Sólo alcanzarás la salvación eterna imitando a tu Jesús.

No todos pueden seguirme por el camino de Mi vida exterior. Todos, sin embargo, pueden y deben imitar Mis sentimientos interiores.

Aunque distribuyan todos sus bienes entre los pobres, aún cuando entreguen su cuerpo a una austerísima penitencia, si sus corazones no se asemejan al Mío, nada tienen y de nada les aprovecha para la eternidad. Serán juzgados según la semejanza de sus corazones al Mío y según ella, recibirán también la remuneración eterna.

Por muchas virtudes aparentes que tengan, por más que se presenten con un exterior devoto, si sus corazones no imitan al Mío, toda su virtud no será otra cosa que una desaliñada compostura del semblante.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Me esforzaré por mejorar mi trato con los demás, especialmente con mi familia y mi comunidad, tratando de “expulsar demonios, sanar enfermos y hablar en la lengua del amor”.

- **Con la virtud del mes:** El Señor es dulce y misericordioso conmigo; no tentaré pues a su justicia, siendo yo injusto, severo o inflexible con los demás. La mejor manera de “ser justo” con Dios y con los demás, es hacerme manso y humilde de corazón, a semejanza de Cristo. Durante todo este mes, repetiré muchas veces al día la jaculatoria: “*Señor Jesús, manso y humilde de corazón. Haz mi corazón como el Tuyo.*”

Durante esta semana, pediré al Señor que me inunde con su Santo Espíritu en este próximo Pentecostés.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*